291

N. S. DEL ROSARIO.

SEGUNDA PARTE, EN QUE SE declara, como Don Manuel Sanchez de Rueda renegó y se casó en Argel; y reconocido de su culpa, se vió libre por la intercesion de la santísima Vírgen del Rosario.

YA dixe en la primer parte,
como por sus nobles prendas
fue presentado en palacio
Don Manuel Sanchez de Rueda,
y por su disposicion,
bizarría y gentileza,
quedó sirviendo al Rey Moro
de Mayordomo, en que era
estimado de las damas
que la Reyna Mora lleva,
muy querido de los Turcos
que en el palacio se emplean;
pues por galan y entendido
todos le estiman y aprecian.

A seis meses de cautivo,
por una nave francesa
pudo adquirir Don Manuel
unas muy infaustas nuevas,
aunque de crédito dignas,
como su esposa era muerta,
y el hijo suyo mayor;
y del dolor y la pena
que de esta noticia tuvo,
cayó desmayado en tierra.
Advirtiendo aquel insulto,
hacen prontas diligencias,
y despues de vuelto en sí,
al Rey de todo le entera;
y el Turco que atento escucha,
le dice de esta manera:
toma mi consejo, amigo,
que te tiene mucha cuenta;
vuélvete moro y tendrás
en mi casa lo que quieras.
Para qué quieres tu ley,
siendo la mia tan buena?
Si la sigues, te prometo
darte un navío de guerra,
con gente muy bien armada,
que la gobiernes, y seas
muy temido en estos mares,
y el primero en esta tierra.
Bien sabes que Mostafá
tiene una hija tan bella,
que en el palacio no hay dama,
que igualar con ella pueda.
Muchos Turcos la pretenden,
y ella à todos los desprecia;
pero en hablándole yo,
tengo por cosa muy cierta,
que se casará contigo,
y quedará muy contenta.
Mostafá su padre tiene
muchos jardines y huertas,
y gran copia de doblones,
con que regalarte puedas.
Tu muger ya se murió,
solo un hijo que te queda,
él buscará por allá
su fortuna mala ò buena.
Por qué quieres ser esclavo,
y estar en tanta miseria,
sino comer y beber,
vistiendo granas y sedas,
que à tu suegro para eso
lo que le sobra es moneda.
Pensando está Don Manuel
si admitirá las promesas.
con que el Rey le está brindando,
y ya el interés le ciega.
Cristiano, no te despeñes,
no pierdas la gloria eterna
por los bienes de este mundo,
que todo viene à ser tierra.
En fin volvió las espaldas
à nuestra Madre la Iglesia,
olvidando à Jesu-Christo,
y se casó con Zulema.
Tomó el nombre de Audalá,
por darle contento à ella,
con quien vivia gustoso
en pasatiempos y fiestas,
hasta que salió à la mar,
que la codicia lo ceba.
Fue pirata de Cristianos,
cada dia entrando presas
en Argel, donde su vida
era sin freno y sin rienda.
Vamos ahora a su hijo
Don Juan, que con gran pobreza
por sus letras mereció
el estado de la Iglesia.
Así como cantó misa,
tuvo por cosa muy buena
el partirse para Indias,
por ver si à su padre encuentra.
En un navío mercante
se embarcó con diligencia,
y surcando el mar salado,
à los tres dias encuentran
el navío de Audalá,
que cautivos se los llevan.
Ni el padre conoció al hijo,
ni el hijo supo quién era.
Llegaron à Argel, y al punto
à todos los puso en venta,
menos tres que dexó en casa,
para que en ella sirvieran.
Fue el Sacerdote uno de ellos,
y así como dió la vuelta
à su casa el Renegado,
les dice de esta manera:
tú, Juan, irás al jardin,
y Pedro irá por la leña,
y Francisco cuidará
de la casa y de la hacienda.
A Don Juan le dió una azada,
para que al jardin se fuera;
y una tarde que Audalá
por divertirse se llega
al jardin, viendo à su hijo
de rodillas por la tierra,
rezando el santo rosario
de la Vírgen Madre nuestra,
por detrás llega y le tira
una piedra en la cabeza.
Aquí exclamó el Sacerdote:
por siempre alabado sea
nuestro Señor Jesu-Christo
en los cielos y en la tierra;
vengan mas y mas trabajos.
Y con muy grande soberbia
el Renegado mandó
à dos Moros, le pusieran
en una obscura mazmorra,
y con grillos y cadenas
fuertemente lo amarrasen,
y que castigado sea.
Le desnudaron furiosos,
y con unas varas gruesas
su tierno cuerpo azotaron,
quebrándole la cabeza.
Qué corazones de bronce
no se volvieran de cera,
viendo al pobre Sacerdote
bañado en su sangre mesma!
Mas él por Dios lo sufria
con indecible paciencia,
y en la prision le dexaron,
rodeado de miserias,
dándole poca comida,
en quanto no se muriera.
Permitió Dios que una noche
dormido Audalá se queda,
y soñó que los demonios
al infierno se lo llevan.
y la Vírgen del Rosario
muy resplandeciente y bella
se le apareció, espantando
aquellas malditas bestias,
diciéndole: si te libro,
es porque por ti me ruega
el Clérigo que en prisiones
tienes con tan grande pena.
Despertó atemorizado,
y sin que nadie le sienta,
se viste, y baxando baxo,
à la mazmorra se llega,
à tiempo que el Sacerdote
decia de esta manera:
Madre mia del Rosario,
del alma amparo y defensa,
haced, Vírgen, que mi padre
de mi cautiverio sepa.

En

En esto llegó Audalá,
abrió de presto la puerta,
y dice: dime, Cristiano,
quál es tu patria ò tu tierra?
cómo se llaman tus padres?
y humilde dió por respuesta:
Nápoles mi patria fue,
Don Manuel Sanchez de Rueda
es mi padre y mi señor.
Y pronunciado esto apenas,
à sus pies se echó, diciendo:
la ley de Dios resplandezca;
hijo, aquí tienes tu padre,
que tiene la espalda vuelta
à nuestro buen Redentor,
siguiendo esta mala secta.
Sacarle de las prisiones
casi el dolor no le dexa:
muchas veces le abrazaba,
diciéndole: ten paciencia,
hijo, porque yo me voy,
no se despierte Zulema,
y me vea hablar contigo,
y tenga alguna sospecha;
que mañana, si Dios quiere,
nos iremos de esta tierra.
Se despidieron llorando,
y con grande diligencia
otro dia de mañana
se vistió, y saliendo fuera,
habló à quarenra Cristianos,
y todos de acuerdo quedan
de juntarse en el jardin
en la noche venidera.
Y así que vinieron todos,
à su hijo sacó fuera,
y todo el oro y la plata,
con muchas joyas y perlas,
se lo entregó à los Cristianos,
y despues llamó à Zulema,
diciendo: muger, sabrás,
como me voy à mi tierra,
vístete, y vendrás conmigo,
donde bautizada seas;
porque la ley que seguimos,
es falsa, y la verdadera
es la fe de Jesu-Christo,
y la santa Madre Iglesia.
La Turca se tiró al suelo,
llamando con diligencia
à su padre y à su madre,
los quales con gran presteza
vinieron, y Don Manuel
cortándole la cabeza,
dió la muerte à seis criados,
à su suegro y à su suegra.
Se fueron à la marina,
donde una fragata espera,
se embarcaron al instante,
dieron al viento las velas,
y en breves dias llegaron
à la ciudad de Marsella.
Desde allí se van à Roma,
y su Santidad les echa
la absolucion, y quedaron
en una montaña espesa
juntos el padre y el hijo,
haciendo gran penitencia,
rogando a Dios que los libre
de las llamas sempiternas.
Y nosotros supliquemos
à la soberana Reyna,
nos alcance de su Hijo
una contricion perfecta,
y que firmes confesemos
su doctrina verdadera,
y despues de este destierro
gocemos la gloria eterna.
Y Pedro Saez humilde
de todo el perdon espera.

F I N.